

Representante Alterno en Naciones Unidas Nueva York

A principios de 1975, con categoría de Consejero, fui enviado como Representante Alterno a la Representación Permanente en Naciones Unidas en Nueva York, encabezada por el eminente Embajador Javier Pérez de Cuéllar, cargo en el que serví cinco años hasta 1980, cuando fui trasladado a Yugoslavia. Sucedió al entonces Ministro y luego distinguido Embajador Ricardo Walter Stubbs, una de las personas más buenas y nobles que he conocido.

Recordemos que el Perú no solo estuvo entre los cuarenta primeros países fundadores de la ONU, sino que es uno de los muy pocos cuyos nacionales han ocupado los tres cargos principales. José Luis Bustamante y Rivero en la Presidencia de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, Víctor Andrés Belaúnde Presidente de la Asamblea General y Javier Pérez de Cuéllar Secretario General. Eso debe ser justificado motivo de orgullo, y permanente compromiso con los propósitos y principios de la organización mundial.

Ya entonces Naciones Unidas se ocupaba de prácticamente todo lo divino y lo humano, aunque obviamente siempre aparecen nuevos temas y problemas. Exceptuando una relativa ralentización en las semanas de la canícula neoyorquina, el tiempo era siempre escaso para procesar el enorme número de temas tanto en su fondo cuánto en su desarrollo. No era solamente conocer los documentos, sino que se precisaban instrucciones de Cancillería, coordinaciones del personal diplomático que atendía las distintas comisiones y órganos y, en todo momento, las indicaciones del Jefe de Misión.

Tuve el privilegio de trabajar al lado del Embajador Pérez de Cuéllar, quien a finales de ese año pasó al servicio de Naciones Unidas con el importante cargo de Secretario General Adjunto y Representante del Secretario General en Chipre. Ya desde que lo conocí, bastantes años antes en sus cargos en la Cancillería, nos impresionaba su dominio de lenguas extranjeras, vasta cultura, imperturbable sangre fría y conocimiento del derecho y la práctica diplomática. Se coincidía en que estaba destinado a grandes responsabilidades, lo que no dejó de realizarse.

Fue sucedido por el Embajador Carlos Alzamora Traverso, también notable diplomático con experiencia multilateral con quien trabajé cuatro años, manteniendo hasta su fallecimiento la más afectuosa amistad. Alzamora rápidamente se hacía cargo de las situaciones, encontrando la manera de hacer lo posible según las circunstancias. Tuvo larga y destacada carrera, ocupando después la Secretaría General del Sistema Económico Latinoamericano SELA y, varios altos cargos en Naciones Unidas. Finalmente, serví un par de meses con otro amigo muy querido, el Embajador Juan José Calle, pues a comienzos de 1980 fui enviado a Yugoslavia con el cargo de Embajador. Juan José era poseedor de un notable bagaje jurídico y, tras su brillante carrera que incluyó el cargo de Secretario General, fue destacado Juez del Tribunal Andino de Justicia. Su adustez arequipeña no conseguía ocultar su fino sentido del humor, que llevó a decir al distinguido Embajador Luis Fernán Cisneros que: "En Juan José, el carnaval va por dentro".

En lo personal, hubo suerte. La ciudad de Nueva York vivía una crisis financiera muy dura, que produjo el retiro de corporaciones y la reticencia de muchas personas a residir en ella. Ello permitió, paradójicamente, alquilar un departamento en un edificio de estreno en la avenida York en el East Side, a solo minutos de la Representación y la sede de la ONU. No era muy grande, pero permitió invitar a muchos diplomáticos y funcionarios a almuerzos o

cocteles. Nuestros dos hijos asistieron al Colegio Parroquial Saint Joseph of Yorkville, a metros de casa y muy cerca teníamos un parque donde se encuentra Gracie Mansion, residencia del Alcalde de Nueva York.

Jefe de Cancillería

Como Representante Alterno me correspondía también, como en todas las agencias del Perú en el exterior, ser Jefe de Cancillería. Ello implica la responsabilidad del adecuado funcionamiento del personal y la administración de locales, finanzas y servicios. Se trataba de una agencia importante, que en algún momento llegó a tener 11 o 12 funcionarios diplomáticos, aunque lamentablemente siempre estuvimos cortos en personal administrativo y de apoyo. En lo funcional, asumí los temas del Plenario de la Asamblea General, de la Primera Comisión que se ocupa de los asuntos políticos, seguridad y desarme; así como los del Movimiento No Alineado NOAL.

La oficina de la Representación, muy próxima a Naciones Unidas, ocupaba dos amplios apartamentos unidos y contaba con un buen número de baños. Me llamó la atención que estuvieran repletos de pilas enormes de documentos de Naciones Unidas, hasta en las bañeras y más, dificultando el normal uso de esos servicios. Cuando pregunté qué hacían ahí, me informaron que eran “los archivos” de la Misión. Pensando qué se podía hacer, en una conversación con mi recordado amigo Embajador Jaime Cáceres Henríquez quien había servido buen tiempo en Nueva York, me dijo que estaba proyectando establecer un centro de documentación de la ONU en la Cancillería y que los existentes en la Misión serían muy útiles. Cuando informé al personal que íbamos a enviarlos a Lima, me dijeron que no se podía prescindir de la documentación, cosa que dudé por la gruesa capa de polvo que los recubría. Además, les dije que de necesitar algún documento, me comprometía personalmente a obtenerlo.

Hice arreglos para que un barco de la entonces Compañía Peruana de Vapores los trasladara gratis a Lima y, con ayuda del Consulado, ubicamos un compatriota que tenía un camión grande y lo llevó muy cargado de cajas al puerto. Se trató de un trabajo nada intelectual, pero sí intenso. Pasar un plumero, buscar cajas de cartón (nada difícil), acomodar los papeles y encintarlas. Obviamente, necesitaba la colaboración del personal diplomático y varios lo hicieron con buena voluntad, pero no faltaron quienes siempre estaban en cosas “urgentísimas”. Conseguimos enviar documentos acumulados por más de tres décadas al Ministerio y, como lo pensé, en los cinco años que serví en la Misión nunca nadie me dijo que necesitaba alguno y los baños fueron recuperados para su función. Curioso ¿no?

Aun cuando los meses finales del año, ocupados principalmente en la reunión de la Asamblea General eran los más agobiantes, el resto del tiempo estaba también comprometido por innumerables reuniones de muy diverso tipo, atender delegaciones especiales y participar en ellas, preparar informes, grupos de trabajo y el interminable diálogo y negociación de temas con las delegaciones y la Secretaría General.

Correspondía a la Representación el seguimiento y la participación en todos los temas de la ONU, en oportunidades con su propio personal o haciendo parte de las delegaciones especiales que venían de Cancillería y otros sectores del Estado. Para atender las distintas Comisiones, conferencias especiales o tareas puntuales, las responsabilidades estaban divididas entre los funcionarios diplomáticos y siempre, con las indicaciones o la propia participación del Jefe de Misión, tarea que me correspondió en no pocas oportunidades.

Recuerdo especialmente la actuación de José Antonio García Belaúnde en las cuestiones económicas, Jorge Chávez Soto, ya fallecido, en las jurídicas y las reuniones de Conferencia del Derecho del Mar, Manuel Boza tenía predicamento en el casi inmanejable y generalmente ineficaz Grupo Latinoamericano y Cord Dammert, Augusto Freyre, Luis Sándiga y otros desarrollaban sus funciones con esmero y solvencia. Algo más adelante, con la rotación de funcionarios, Luzmila Zanabria y José Urrutia me apoyaron en muchas actividades con toda dedicación y eficiencia.

Pero no todos están hechos para la actividad multilateral y no faltaron casos, felizmente pocos, que prefiero olvidar. Por el contrario, mis Jefes de Misión Javier Pérez de Cuellar, Carlos Alzamora y Juan José Calle parecían diseñados para el cargo. Eran respetados y escuchados por todas las delegaciones, estuvieran de acuerdo o no con la posición peruana. Qué lujo para un país que su representación ante el mundo estuviera a cargo de personalidades de tan alta calidad. Y para mí como colaborador y amigo, fuentes muy valiosas de enseñanza y ejemplo. Entre los cambios de Embajadores y otras razones, estuve al frente de la misión en no pocas oportunidades, sumando largamente más de un año de los cinco que permanecimos en Nueva York. En estos me cupo viajar al África, Asia, Unión Soviética, el Caribe y otros lugares para participar en reuniones del Movimiento No Alineado, la lucha contra el Apartheid y otros temas. Cuento los años de Nueva York entre los más enriquecedores y ocupados de mi vida profesional.

La Asamblea General – El Plenario

Es el órgano donde los países miembros, prácticamente todos los que existen, se encuentran representados. Podría ser considerada como un parlamento mundial, en cuanto el voto de cada uno de los miembros es igual y muchas resoluciones se adoptan por mayoría simple. Tales resoluciones no son de obligatorio cumplimiento. Sin embargo, algunas recogen elementos de derecho consuetudinario, lo que les da otro carácter.

En sus casi ocho décadas ha tenido participación en los cambios más trascendentales; sea como promotor o como espacio donde se reflejaron. Entre los primeros figuran el impulso y la culminación de los procesos de descolonización y la lucha contra el Apartheid en República de Sudáfrica; y más recientemente la implosión del socialismo real en Europa, el fin de la Unión Soviética y otras gravísimos como el terrorismo y la multiplicación de conflictos internos por razones étnicas, religiosas y otros. Estos fenómenos llevaron también a que, de cuatro decenas de países fundadores, de los cuales veinte eran latinoamericanos, se haya llegado a los casi doscientos que la componen hoy. Obviamente, transformaciones tan dramáticas de los esquemas de poder mundial tuvieron un enorme impacto en el funcionamiento de los órganos de Naciones Unidas; y no podían dejar de reflejarse en las deliberaciones.

No sorprende entonces que la Asamblea General sea escenario de situaciones únicas, históricas, dramáticas, aburridas y hasta grotescas. El líder ruso Nikita Kroushnev se quitó un zapato y golpeó la mesa para llamar la atención de la presidencia. El impresentable dictador de Uganda Idi Amín, dijo en el podio que no podía hablar en un idioma imperialista y se sentó para que un asistente leyera su larga y deplorable perorata en pésimo inglés. A su final, Amín se acercó al micrófono y dijo que no dejáramos de visitar su país porque había gorilas muy lindos y seríamos bien recibidos. En aquellos años de apogeo del No Alineamiento y el tercermundismo, no pocos delegados lo aplaudieron de pie. El principio de igualdad jurídica hacía inevitable que en el Debate General que da inicio a los trabajos,

muchos Jefes de Estado, en realidad payasos de ínfima categoría, se tomaran el tiempo que querían para hacer dormir a los delegados con sus descarados discursos de autoelogio.

Pero la Asamblea General también es el ámbito de debates entre personalidades de talla mundial. Nuestro compatriota Víctor Andrés Belaúnde fue su Presidente un año y sus debates e intervenciones hacen parte de la historia inicial de la Organización. Falleció, en Nueva York en 1966, encabezando como lo hizo veinte años la Delegación peruana. Las discusiones sobre la Declaración de los Derechos Humanos, las producidas en el largo y muchas veces penoso y sangriento proceso de descolonización, la terminación del oprobioso régimen del Apartheid, las grandes cuestiones de la paz y el armamentismo nuclear y el desarme y muchos otros temas de significación universal, muestran la importancia y reafirman la imperiosa necesidad de sostener la organización mundial.

En esos años de vivencia multilateral, tuve para mí que la organización cumplía tareas no incluidas en su Carta, como servir de válvula de alivio de tensiones y frustraciones, y “caja de resonancia” o “escaparate informativo”, especialmente con relación a temas que, sin ella, no habrían llegado a la opinión pública mundial. Cuando las autoridades de los países se quejaban de tales o cuales actuaciones u omisiones de otros, y en especial de los países grandes, podían decir a sus pueblos que defendían sus derechos, reales o supuestos y que luchaban por sus expectativas, justificadas o no. Obviamente, cuando eran especialmente altisonantes, suscitaban malestar y desagrado en los países a los que se atribuían responsabilidades y culpas, justificadamente o no. Pero más allá de los dichos, carecer hasta de la posibilidad de quejarse suscitaba aún mayores resentimientos y frustraciones. Las agrupaciones, particularmente las de países en desarrollo como el Movimiento No Alineado o el Grupo de los 77 deben, supuestamente, sostener posiciones armonizadas previamente. Pero en no pocas oportunidades, las polémicas se suscitan entre ellos mismos. No sorprende que por más resoluciones que hagan aprobar, sus resultados suelen ser magros.

Me tocó intervenir en distintos temas. Pero recuerdo particularmente algunas en que fue necesario replicar a delegaciones del Ecuador, en sus alegados problemas territoriales con el Perú. También tuve que hacerlo en reuniones del Movimiento No Alineado y otros eventos internacionales. No sabía entonces que más adelante, tendría durante tres años y medio ese absurdo planteamiento como principal preocupación y actividad profesional.

En fin, a medida que pasa el tiempo y sin descartar el peso de responsabilidades históricas, no pocas veces horrendas como en el caso de Bélgica y el Congo, los pueblos y los países tienen que hacerse cargo de sus destinos. Tras 200 años de independencia, por ejemplo, los latinoamericanos no podemos atribuir nuestros elevados niveles de corrupción y de incompetencia a que las autoridades de las metrópolis española o portuguesa o francesa fueran corruptas, sino asumir que somos corruptos e incompetentes por no hacer lo necesario para dejar de serlo. En ese y muchos temas más, las Naciones Unidas podrían ayudar, pero nadie podrá hacerlo ni tiene por qué hacerlo por nosotros. Se supone que es para esto que quisimos independencia y soberanía.

Una peculiar elección al Consejo de Seguridad

El año 1979, encontrándome una vez más al frente de la Misión durante la Asamblea General, se produjo una inédita situación en el proceso de elección de los miembros no permanentes del Consejo de Seguridad. No sorprende que la situación fuera creada por la confrontación entre países latinoamericanos, pues era usual que el grupo regional en la ONU

no consiguiera llegar a acuerdos en los temas de mayor importancia. Ello derivaba en no pequeña medida de la confrontación política e ideológica de la guerra fría, en la que Cuba y eventualmente otros países coincidieran con las posiciones del bloque socialista.

En esa oportunidad, Cuba había presentado su candidatura para ocupar un asiento no permanente para el periodo 1980-1981 y algo después lo hizo también Colombia. Obviamente el grupo latinoamericano debió remitir el asunto, como en muchas otras elecciones, a votación de la Asamblea General. El procedimiento establecía que el voto era secreto, depositándose una papeleta en un ánfora en el escritorio del Comité Electoral, lo que se hacía país por país al llamado del presidente de la sesión. Concluido este ir y venir en el salón de la Asamblea, el Comité hacía el escrutinio y el conteo de los votos y la presidencia anunciaba el resultado. Eso tomaba por lo menos una hora. Como no se obtenía la mayoría necesaria fue necesario repetir el procedimiento.

Lo que nadie pudo imaginar era que, si mal no recuerdo, la Asamblea se vio obligada a este proceso de votación no menos de 150 veces. Tratemos de imaginar lo que eso significaba en la vida diaria. Como no era el único tema que la Asamblea debía tratar, fue necesario asignar sesiones enteras o su prolongación hasta altas horas de la madrugada e inclusive se llegó a convocar sesiones los sábados. Acompañado de Luzmila Zanabria y José Urrutia, perdimos la cuenta de las veces que debimos retirarnos ya próximo al amanecer, para continuar la noche siguiente con la misma rutina, que ya adquiría características de farsa. Si esa confrontación era representativa de aquella mayor que dividía al mundo en bloques, también puede entenderse el hartazgo de los participantes en un proceso que parecía no tener final.

No extrañe entonces, que muy probablemente sin indicación de ningún tipo, además de los votos para Cuba y Colombia empezaran a aparecer en los cómputos países que no eran candidatos. Desde Argentina hasta Venezuela, prácticamente no hubo país latinoamericano o caribeño que se quedara sin recibir un voto o dos o a veces más, para que en la siguiente votación le tocara el turno a otro. Esos votos eran producto del fastidio de los delegados frente a nuestra incapacidad en ponernos de acuerdo.

Después de muchísimas votaciones, en una oportunidad casi a medianoche, el Perú recibió cuatro votos, lo que había ocurrido también con otros países. Nuestra sorpresa fue cuando en la siguiente votación se recibieron ocho o diez, lo cual llamaba la atención, pero pensamos que podía ser también una de las variantes que ya se habían producido. Conversando con mis colegas, decidimos que el asunto no debía continuar pues el Perú no era candidato, había comprometido formalmente su voto con uno de los aspirantes y no es un país que acepte una posición cuando no la ha deseado ni gestionado y que fuera apenas producto de una infeliz circunstancia. Y menos aún, tratándose del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, órgano que por las pesadas responsabilidades que le corresponden obliga a tener muy claras las razones por las que se postula y la oportunidad de hacerlo. En esa ocasión, nada de eso era nuestro caso. El Perú ha sido miembro no permanente del Consejo de Seguridad en varias ocasiones, cuando lo consideró apropiado.

En la siguiente ronda de votaciones el Perú obtuvo veinticuatro votos e inmediatamente pedí un punto de orden para señalar que nuestro país no era candidato al Consejo de Seguridad, que no había solicitado ni esperaba ningún apoyo y que continuaría votando por el país con el que había comprometido su apoyo. Esta formal precisión hizo que no recibiéramos votos

en las rondas siguientes; y eso era lo que correspondía, porque ningún país tiene por qué ser prácticamente obligado a ser miembro no permanente del Consejo de Seguridad.

El proceso continuó por muchas rondas más, hasta que México gestionó con Colombia y Cuba la presentación de su candidatura, naturalmente acompañada del retiro de ambos países. Una buena solución, negociada entre los que tuvieron interés en el cargo y que permitió dar fin a la grotesca situación. Mas de cuatro décadas después, es lícito preguntarse: ¿Cuánto habría avanzado América Latina en encontrar procedimientos de concertación que vayan más allá de la retórica? Mi respuesta es que, lamentablemente muy poco, por no decir casi nada. Seguimos firmando entre nosotros compromisos que no cumplimos; y jamás hacemos una reflexión sobre las causas de que eso sea así. No sorprenda entonces, nuestra creciente irrelevancia.

La Primera Comisión

Es considerada la más importante de la Asamblea General, porque sus responsabilidades principales son la paz, la seguridad y el desarme. Los debates son esencialmente “políticos”, pues tienen directa relación con temas esenciales para cada estado o grupo de Estados. Las relativas a la paz y seguridad, trataban de las crisis en curso, algunas puntuales y otras sempiternas como la situación del oriente Medio y sus recurrentes conflictos y confrontaciones. Se trataba de debatir pues, como establece la Carta de la ONU, las decisiones en cuestiones esenciales como el uso de la fuerza corresponden al Consejo de Seguridad. Por su propia naturaleza, esos debates solían ser confrontacionales pues se vivía en la Guerra Fría. Los resultados, las más veces, eran frustrantes y había que vivir con ellos.

Esta se extendió de 1947 a 1991. Durante cuatro décadas, los aliados de la Segunda Guerra ya convertidos en adversarios, se trataron como enemigos y actuaron convencidos de que uno de los sistemas tendría que desaparecer. El poderío que adquirieron les permitió extender al mundo entero su confrontación, promoviendo o imponiendo a muchos países su incorporación a los bloques político-militares que formaron, la Organización del Atlántico Norte OTAN y el Pacto de Varsovia. No se produjeron enfrentamientos militares directos entre los centros de poder, posiblemente porque el resultado habría sido la Mutual Assured Destruction, cuya sigla MAD en ingles quiere decir locura. Pero estuvieron muy cerca con recurrentes circunstancias de enorme tensión es las áreas militares, diplomáticas, económicas como la Crisis de los Misiles en cuba 1962. Todo ello se acompañaba de la manipulación propagandística y psicológica, por no hablar de espionaje, intervención política, sabotaje y cuantas formas encontraban de perjudicarse.

Los enfrentamientos militares se condujeron por intermediarios llamados “proxis” como países o movimientos revolucionarios, contrarrevolucionarios y guerrillas. Ciertamente que la renuencia de las potencias imperiales y coloniales a reconocer que esa época había concluido con el fin de la Segunda Guerra favoreció la posición soviética que, al no haber participado en esa forma de dominación, encontró no pocos aliados en quienes exigían la independencia y en todos los casos apoyaron las guerras de liberación. Ciertamente que tampoco los Estados Unidos estaban de acuerdo con el mantenimiento de la política colonial; pero su aversión a los regímenes comunistas lo llevó a conflictos como el horrible de Viet Nam.

Conviene un somero recuento de ellos, porque de una u otra forma todos hacían parte o influían en los debates de la Primera Comisión, adicionalmente a los que también se producían, generalmente sin resultados, en el Consejo de Seguridad. Veamos. El bloqueo

soviético de Berlín 1948-49; la Guerra de Corea 1950-1953; la Crisis del Canal de Suez entre Gran Bretaña, Francia e Israel contra Egipto 1956; la construcción del Muro de Berlín 1961; la crisis de los misiles en Cuba 1962; la Guerra de los seis días de Israel contra Egipto, Siria y Jordania 1966; la Guerra de Vietnam 1959-1975; la Guerra del Yom Kippur 1973 nuevamente entre los protagonistas de la de 1966; la invasión de Chipre por Turquía 1974; la guerra de las Malvinas 1982; la Invasión rusa de Afganistán 1979-89. Además, las guerras africanas, particularmente la independencia de Argelia, Angola y Mozambique; la independencia del Congo, varios conflictos en el Cuerno de África; el régimen de Apartheid en África del Sur y, quien sabe la última de la Guerra Fría, el conflicto en América Central en los años ochenta. Y, también muchos otros desde entonces, con variados protagonistas y razones. Ni siquiera esa acumulación de desastres hizo que aprendiéramos. La historia se repite una y otra vez y los seres humanos siguen padeciendo sufrimientos inadmisibles.

La presión de los bloques sobre el resto del mundo, impulsó en 1961 la creación del Movimiento No Alineado NAM en su sigla en inglés y NOAL en español, asunto que se trata con más detalle en la Sección Actividades y Reflexiones, infra. El NOAL fue ganando en número e importancia y gustara o no a los bloques, les fue necesario tener en cuenta su actuación. Con ello, en cierta forma pasaban a ser tres los actores globales. Ello coincidía con la agrupación de los países pobres en el llamado Grupo de los 77, que llegó a contar con mayor número de miembros.

Desde luego, las confrontaciones en la Primera Comisión se replicaban en las Sesiones Plenarias y el Consejo de Seguridad. Parte de la Agenda se arrastraba por años, pero también aparecían permanentemente nuevos temas, algunos de extrema urgencia. La URSS presentaba anualmente una "iniciativa de paz" que una que otra vez contenía elementos rescatables, pero la mayor parte eran planteamientos propagandísticos. Es casi inútil añadir que recibían cerrada oposición del grupo occidental y también de otros países, incluyendo China y los No Alineados. Lo mismo puede decirse de la tercera función, el desarme y la limitación de armamentos. Por su misma naturaleza la cuestión era extraordinariamente sensible y las acusaciones de armamentismo volaban de lado a lado.

Pero nada de eso quiere decir que la tarea de la Comisión era inútil. Por el contrario, el solo hecho de debatir era mejor que pelear en el terreno. Permitía conocer las posiciones de los países sobre sensibles cuestiones específicas, sus preocupaciones y matices; y también algo esencial a la gestión multilateral que es conocerse entre personas y, eventualmente, encontrar compromisos. Se formaban grupos de trabajo que en reuniones más o menos formales procuraban acercar posiciones. Otros grupos llamados Amigos de la Presidencia, cumplían similares funciones. Tampoco faltaban encargos a grupos de redacción y las invalorable conversaciones de pasillo o cafetería.

Con todo ello, por veces se iban construyendo consensos como el que hizo posible organizar y realizar exitosamente la Primera Sesión Especial de la Asamblea General dedicada al Desarme en 1978; igual que con otros temas. En materia de desarme, si se recuerda que el concepto engloba no pocos subtemas, se debe reconocer que también se avanzaba. La Convención sobre no utilización de elementos que alteraran el clima con fines bélicos, la progresiva adhesión de países que fue llevando al perfeccionamiento del Tratado de Tlatelolco de Prohibición de Armas Nucleares en América Latina, la creación de Zonas Libres de Armas nucleares y otros más deben ser anotados en el activo

Durante los cinco años que estuve a cargo, participaba regularmente en los debates, grupos de trabajo y de redacción. Una vez me tocó ocupar la Vicepresidencia, experiencia por cierto valiosa. La Comisión demandaba tiempo y esfuerzo, pero me encantó la tarea y me enriqueció mucho.

El Desarme

Es una responsabilidad fundamental de la Primera Comisión. Su importancia debería ser prioritaria para todos los gobiernos puesto que sus pueblos son víctimas de la incesante acumulación y utilización de armas cada vez más letales. En poco más de un siglo se ha pasado de armas que hoy parecerían artesanales a las nucleares, químicas, bacteriológicas y ahora también cibernéticas, cuyo uso puede destruir la vida en el planeta y, de hecho, en los conflictos ya mueren muchos más civiles que combatientes.

La primera Resolución aprobada por la Asamblea General en 1946, se refería a la necesidad de examinar las implicancias del reciente descubrimiento de la energía atómica para fines bélicos. Pero igual se fabricaron y fabrican millares de armas nucleares. Y hay otros elementos que hacen indispensable mayores esfuerzos para detener el desenfreno de las carreras armamentistas, con gigantescos costos de investigación, desarrollo y fabricación, en detrimento de la satisfacción de necesidades primarias de los seres humanos.

Las poblaciones vulnerables son las principales víctimas y el número de millones de refugiados aumenta incesantemente. En el mundo hay miles de millones de armas pequeñas, asequibles para quien quiera. En muchos países ya han pasado a ser “armas de destrucción masiva”, además del uso de armas químicas, municiones de racimo y minas antipersonal; aunque ya están prohibidos por tratados. En los conflictos vienen aumentando las violaciones sexuales y, en general, el terror y la matanza de poblaciones enteras como vemos en la agresión rusa a Ucrania. Ha aumentado y seguramente aumentará el número de países poseedores de armas nucleares. Un Secretario General de las Naciones Unidas, Ban Ki Moon dijo: “Al mundo le sobran armas y a la paz le falta financiación” Por ello, el incremento de los armamentos no garantiza la paz, sino crea mayor tensión y posibilidades de conflicto.

En consecuencia, la tarea de la Primera Comisión, aunque siempre se reciben nuevos insumos, tiene algo de repetitivo porque los gobiernos no hacen mucho caso de las resoluciones que ellos mismos aprueban. Eso es frustrante pero no cabe discontinuar la tarea. Al contrario, la humanidad debe tomar conciencia que mucho de lo que los gobiernos dicen que hacen “para protegerla” mediante la adquisición de armas, termina revirtiendo contra ella misma.

Y no cabe afirmar que la tarea es inútil. Hay más información y conocimiento del problema, se incorporan nuevos temas, se multiplican los grupos sociales concernidos, etc. Importa que de los debates se haya pasado en no pocos casos a negociaciones y acuerdos, que es lo fundamental. Además, en los subtemas del desarme, se han alcanzado importantes avances. Ejemplos: información sobre gastos militares, armamentos y dispositivos, medidas de fomento de la confianza y también de seguridad, zonas desmilitarizadas, limitaciones de armamentos, medidas de inspección, prohibición de armas excesivamente dañinas o de efectos indiscriminados, minas terrestres, bombas de racimo, armas químicas y biológicas, no militarización de los fondos marinos y el espacio ultraterrestre, así como la Antártida y más. La convención que prohíbe las minas terrestres antipersonal fue esencialmente

producto de la presión de una opinión pública que se organizó y actuó. Pero no impidió la descarada actuación del gobierno de Putin que las utiliza en su agresión a Ucrania, otro crimen del sátrapa.

Los logros son insuficientes, pero no desdeñables. La concertación de acuerdos de desarme y/o limitación de armamentos, demuestra que es difícil pero no es imposible. Cuando las poblaciones tengan más clara conciencia de que la limitación de armamentos y el desarme no se procuran para hacerlos indefensos sino, por el contrario, incrementar la seguridad de todos, es posible que se vean resultados más significativos. Por graves que sean las circunstancias, siempre hay posibilidad de hacer algo y debe intentarse. Abandonar los esfuerzos para el desarme, es condenarse a la destrucción.

En lo personal, por muchos años y especialmente desde la beca en la Universidad de Oxford 1972-73, estos temas me han interesado y sobre ellos he publicado libros, ensayos, artículos, memorandos de política y hecho muchas conferencias. Ver en la sección Publicaciones y otros textos, infra. Además, he tenido que tratar de ellos en el curso de mi carrera. En la sección llamada Actividades y Reflexiones, he incluido notas sobre el concepto de desarme, y mi participación en la Primera Sesión Especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicada al Desarme; y en los Grupos de Estudios de Medida de fomento de la Confianza, Educación para el Desarme y Seguridad Internacional de la ONU.

El No Alineamiento

Estuve igualmente a cargo de los temas del No Alineamiento; y entonces y después me tocó participar en muchas de sus actividades. El Perú se encontraba entre los países que pretendían mantener el propósito inicial de no involucrarse en los más críticos enfrentamientos político-militares de los bloques de poder. Compartía, en lo político, visiones como las de Yugoslavia, India, Egipto y algunos otros; lo que implicaba enfrentamientos con Cuba, Vietnam y Corea del Norte, siendo que la República de Corea nunca fue admitida y, pasadas las décadas, debe reconocerse que no le fue mal.

Hay dos grandes realizaciones del No-alineamiento. Lograr que gran número de países en desarrollo no se incorporara a los bloques militares creados en la Guerra Fría. De haberlo hecho, la situación del mundo hubiera sido mucho más peligrosa. Pero eso no era una forma de neutralidad, pues cada uno tenía referencias ideológicas o intereses políticos y/o económicos, los que implicaban mayor cercanía con uno u otro bloque. Y tampoco, naturalmente, era una situación estática pues la realidad imponía permanentemente nuevos temas y problemas y crisis que impactaron en los comportamientos de los países no alineados. En consecuencia, cada asunto tenía que ser tomado en su especificidad; lo que hacía que las posiciones fueran fluidas y los acuerdos y actividades no contaran con la participación total de los miembros.

Donde el acuerdo fue total y la actuación consecuente, fue en la aceleración y conclusión del proceso de descolonización, así como en la lucha contra el oprobioso régimen del "Apartheid" en África del Sur. Ahí hubo tenacidad y éxito; era inadmisibles que aún después de la Segunda Guerra Mundial subsistieran colonias. Otro tema es lo que hicieron muchos nuevos gobiernos con sus países. En su mayoría, establecieron dictaduras, a veces más crueles que las de las potencias coloniales. No era inusual que sus presidentes y hasta "emperador" se aferraran al poder por décadas o huyeran con enormes fortunas. En fin, esa es otra historia.

La tarea en el NOAL no era siempre grata. Los voceros de la posición de que los países socialistas eran “aliados naturales” del movimiento eran bastante diestros manejando lenguajes entre hirientes y extorsionistas y se esmeraban en convencer de que se les debía algo; lo cual no era para nada el caso. Además, entendían bien que muchos países no querían hacerse problemas ni complicarse con enfrentamientos, dejando pasar las cosas porque en la vida real actuaban como les pareciera. Al final, no era práctica “expulsar” a los miembros y cuando se hizo con Egipto porque había negociado con Israel, la cosa no duró mucho.

Con tales contradicciones internas y ambigüedades, no sorprende que rara vez la acción del Movimiento haya sido totalmente efectiva. Lo fue, como ya indicado, para promover y realizar la Primera Sesión Especial de la Asamblea General dedicada al Desarme, pero bastante menos en otros casos. A veces, las polémicas eran más duras al interior de la agrupación que en los foros donde debería actuar como “grupo”. El pleito era para consignar textos en las “Declaraciones” de los encuentros presidenciales o ministeriales, supuestamente fruto del “consenso”, que era, en sí, objeto de interminables polémicas sobre si se había alcanzado o no. Como resultado, los tableros de votación en las organizaciones internacionales muchas veces registraban inequívocamente que el tan pregonado consenso, era literalmente “de papel”.

Mi última actuación en el NOAL fue en 1998, cuando como Viceministro de Relaciones Exteriores, presidí la Delegación Peruana a la Conferencia Cumbre que se realizó en Durban, Sudáfrica, en 1998. Lo mejor del evento, para mí, fue saludar a Nelson Mandela, cuya dimensión política y humana era realmente impresionante. Un tema central en esa oportunidad era la actualidad de la Convención sobre Minas Terrestres Antipersonal. No puedo olvidar dos o tres absurdas y desagradables amanecidas, discutiendo con cubanos y norcoreanos la imposibilidad de mantener un párrafo que hablaba de la necesidad de sus países de no eliminar ese tipo de armas. No había manera. Recordar que en la sesión plenaria que se realizaba simultáneamente se encomiaba la Convención, no los inmutaba “porque sus patrias estaban amenazadas y las necesitaban para defenderse”. Su fanatismo era un insulto a la inteligencia y hacía indestructible su impermeabilidad a la lógica más elemental. Desde luego, la inmensa mayoría de los países No Alineados se hicieron miembros de la Convención. Personalmente me di el gusto de expresar en el Plenario que los “consensos” irreales terminaban siendo expuestos en Naciones Unidas y otros foros y que esto era una fuente de pérdida de credibilidad y desprestigio.

No es de sorprender que el Movimiento No Alineado haya devenido en una especie de rito, en el que se participa por inercia y sea cada vez menos relevante en el marco de las relaciones internacionales. Una lástima, por cierto, pero también muestra de la dificultad de tantos países para madurar política e institucionalmente. En la sección Actividades y Reflexiones infra, he incluido notas sobre los orígenes, desarrollo y funcionamiento de esta agrupación.

Como se ganan las elecciones

Por razones que desconozco, el Gobierno decidió presentar la candidatura del Perú a uno de los puestos no permanentes en el Consejo de Seguridad, en las elecciones a celebrarse en la Asamblea General de 1983 para el periodo 1984-1985. Como es usual, se realizaron las gestiones de solicitud de apoyo pues tales cargos son elegidos por mayoría de votos de la Asamblea General. En oportunidades, es posible que se alcance un acuerdo regional que

facilita las cosas. Rara vez ha ocurrido en el caso de América Latina y, en esa ocasión, la candidatura peruana competía con la de Barbados. Téngase presente que las circunstancias políticas internacionales eran muy distintas. Perú fue en el Gobierno Militar un activo miembro del Movimiento No Alineado y tuvo no pocas confrontaciones, incluso algunas complejas con los Estados Unidos. Barbados era la preferencia del Gobierno de USA, que sostenía su candidatura con escaso disimulo. La competencia por los votos era sumamente reñida.

A comienzos de la Asamblea General 1983, ya como Director de Asuntos Políticos y Diplomáticos en Cancillería, hice parte de la delegación que acompañó al distinguido Canciller Fernando Schwalb López Aldana a Nueva York. Se encontraba como Representante Permanente el Dr. Javier Arias Stella distinguido científico y político, tras haberse desempeñado como Ministro de Relaciones Exteriores. El Representante Alterno era el Ministro Hernán Couturier con quien nos une una vieja y cordial amistad y me había sucedido en ese cargo dos años y medio antes. Como es usual, se cumplieron todas las tareas propias de la oportunidad, incidiendo en la reiteración de pedidos de apoyo a nuestra candidatura al Consejo de Seguridad.

Un par de semanas después del retorno a Lima, el Canciller me convocó a su despacho para decirme que las informaciones de Nueva York sobre el estado de nuestra candidatura no eran satisfactorias y que se había pensado que yo debía regresar para apoyar las gestiones. Gentilmente me preguntó cuándo podría viajar, a lo que obviamente respondí que esa misma noche, cosa que hice.

La cuestión era que, independientemente de los apoyos que se hubieran recibido, incluyendo por escrito, los números estaban muy parejos y no era posible asegurar que la votación nos fuera favorable. En función de ello, organizamos un equipo de trabajo con los funcionarios de la Misión. Quienes ya hubieran tratado el asunto con sus colegas, debían mantener comunicación permanente con ellos. Esto era necesario pues, aunque parezca cuento, al final quien vota son funcionarios que deben haber recibido instrucciones, pero también son seres humanos que tienen amigos y preferencias y saben que el voto de cada delegación es secreto. Por esta misma razón, se decidió que ningún voto se consideraría seguro y que las gestiones se mantendrían hasta el momento mismo de la votación. Además, a aquellas delegaciones con cuyo apoyo no contábamos, se les solicitaba que en caso el resultado no fuere definitivo en la primera votación, se decidieran luego por nuestra candidatura

En mi caso, pasaba casi todo el día en los salones y corredores del edificio que conocía bien por mis años neoyorquinos, comentando e insistiendo con los delegados que conocía de antes, los que me presentaban los colegas de la Misión y todos quienes estuvieran dispuestos a conversar. Creo que nunca he tomado tanto café en mi vida y me valía de todos los argumentos que me pasaban por la cabeza. Al Embajador de Dinamarca, a quien conocía previamente, le recordaba que mi esposa era de origen danés y en serio y broma, que comprendiera que no podía presentarme en casa a decir que su país no nos había apoyado. En fin, una tarde, Álvaro de Soto diplomático peruano, amigo de años y entonces alto funcionario de la ONU me dijo: “Hugo, me comentan que todo el día andas acá. ¿Qué estás haciendo?” Conocedor de su impecable francés y su sentido del humor, le respondí con la expresión “Je fais le trottoir” que en claro se refiere a las damas que recorren las veredas a la espera de eventuales parroquianos.

Bromas aparte, la delegación peruana realizó todos los esfuerzos llegándose a evaluar con el Embajador Arias Stella y el Ministro Couturier que, aunque apretadamente, podríamos alcanzar los votos necesarios. Pero faltando apenas días para las lecciones, se produjo un acontecimiento que vino en nuestro apoyo. Estados Unidos invadió Grenada, Estado caribeño donde un grupo de matones había usurpado el poder por la fuerza. Si bien los nuevos gobernantes eran de lo peor, el uso de la fuerza por una gran potencia siempre suscita rechazo de muchos países.

Pero eso no estaba ni podía estar en nuestras previsiones. Finalmente, el Perú fue elegido al Consejo de Seguridad con una confortable mayoría, producto en parte del apoyo de delegaciones que, sin informarnos, dejaron de lado su compromiso formal con Barbados. Sin ello, el número de votos que alcanzamos habría sido muy inferior. Al final de esas dos largas semanas, se reafirmó mi convicción de que nunca hay tarea pequeña ni gestión que deba ser omitida. En lo personal, aquella noche dormí como no lo había hecho en dos semanas.

Las gentes

En cinco años de Naciones Unidas, conocí muchísimos diplomáticos de todas partes del mundo. En general, eran competentes y profesionales, pero como es humano, había de todo. Pasados los años he olvidado a muchos, pero el recuerdo de no pocos permanece, quien sabe porque trabajamos empeñosamente en temas comunes, pero especialmente por su calidad. Simón Alberto Consalvi, Representante de Venezuela, era no solamente hombre bueno y cultivado, sino que sus competencias lo llevaron a ser varias veces Canciller de su país. Porfirio Muñoz Ledo Embajador de México era una fuerza de la naturaleza de increíble energía y Alfonso García Robles, también de México y principal impulsor del Tratado de Tlatelolco y promotor del Tratado de No Proliferación, era el más respetado Gurú de Naciones Unidas en materia de desarme, fue también Canciller de México y hasta recibió un Premio Nobel de la Paz. El Ministro de la representación de Argentina, Martín de Pratt Gay, era un ejemplo de distinción diplomática, realizando una estupenda labor en las difíciles condiciones de representar un país donde se había instalado una dictadura que acabó llevando a su país al desastre.

En los ámbitos del No Alineamiento y el Desarme, trabajaba cercanamente con los representantes o funcionarios de las delegaciones más activas, y con visiones también afines a la del Perú. Ramesh Mulhye y Sushil Dubai de la India, eran sumamente hábiles y, a este último, lo tuvimos más adelante como distinguido Embajador en Lima. La delegación Yugoslava siempre era activa y productiva, especialmente en la nada fácil tarea de tratar de mantener el Movimiento NOAL en lo que debía ser: no alineado y no, como abiertamente intentaban algunos como Cuba y otros, que se alineara con los países socialistas, con lo que habría perdido su razón de ser. El Embajador Milan Komatina, y los Ministros Svjeto Job y Djevad Mujezinovic fueron excelente amigos, al igual que el Embajador Ignac Golob, con quien me fue grato trabajar más adelante en Belgrado. Abdel Kader Bensmail, de Argelia, y Ernst Sucharipa de Austria, este por cierto no alineado pero muy cercano a nuestras posiciones fueron también excelente amigos. Y, para ser justo, debo recordar a Henryk Sokalski, Consejero de la Representación de Polonia, no porque estuviéramos de acuerdo, lo que rara vez ocurría, sino por su calidad humana y diplomática.

Pero, la delegación que más me impresionaba, era la de Sri Lanka. En aquellos tiempos aún no se había producido la trágica guerra civil que se prolongó por casi dos décadas en la isla.

No era una gran delegación, más bien bastante pequeña, pero sus miembros parecían tener el don de la ubicuidad. No había sesión, comité u grupo de trabajo, donde no se hicieran presentes, siempre con planteamientos que ayudaban a lo posible y maestros en la búsqueda de compromisos. Y, en ello, recuerdo a mi joven amigo Nihail Rodrigo quien, naturalmente en su momento llegó a asumir cargos importantes. No sé a qué hora dormía, o comía, pero nunca se le vio cansado, o de mal humor, o sin tiempo para escuchar a alguien que quisiera hablarle. En fin, me recordaban estudios básicos de relaciones internacionales, en los que todos, al listar las características del poder de los Estados, incluían la calidad de la diplomacia. Lo que vi esos años, es que una pequeña delegación de un pequeño país podía actuar y lograr objetivos que otros, mucho más grandes, no lograban. Calidad de diplomacia, quiere decir mucho más que cantidad. Debemos tenerlo siempre presente.

Y tuve también, muy buena relación con el personal de la ONU. La gran mayoría me hizo magnífica impresión por su profesionalismo y compromiso. La excepción eran los de países de la órbita soviética, que no conseguían ocultar para quienes trabajaban. El funcionario ruso en la altísima posición de Secretario General Adjunto con rigor casi estaliniano, desapareció una noche para amanecer como espía y asilado en Estados Unidos. En fin, había de todo. Pero el de la División de Desarme, era realmente magnífico. En general, el recuerdo es de aprecio y gratitud.

Debo consignar, finalmente, mi agradecimiento al escaso personal de apoyo, Constanza Barúa, asistente del embajador, Gladys Mc Bride recepcionista y secretaria y la Sra. Clorinda Novoa, ejemplo de tenacidad y superación.